

GIL BENUMEYA

MEDIODÍA

Introducción a la historia andaluza

Estudios introductorios
de José Antonio González Alcantud
y Daniel Gil-Benumea



GRANADA

2 0 2 6

© UNIVERSIDAD DE GRANADA
ISBN: 978-84-338-7772-7
Depósito legal: Gr./676-2026
Edita: Editorial Universidad de Granada
Campus Universitario de Cartuja
Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada
Telf.: 958 243930-246220
[www: editorial.ugr.es](http://www.editorial.ugr.es)
Fotocomposición: M.ª José García Sanchis. Granada
Diseño de cubierta: Taller de diseño gráfico. Granada
Imprime: Podiprint. Antequera. Málaga

Printed in Spain

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

ÍNDICE

<i>El andalucismo de contraluz</i> en Rodolfo Gil Benumeya. Qué significaron Mediodía, Midi, Mezzogiorno en los años veinte. JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ ALCANTUD	9
Ni de Oriente ni de Occidente. Rodolfo Gil Benumeya: apuntes de vida. DANIEL GIL-BENUMEYA.	43
Mediodía. Introducción a la historia andaluza. GIL BENUMEYA . . .	83



EL ANDALUCISMO DE CONTRALUZ EN RODOLFO GIL BENUMEYA.
QUÉ SIGNIFICARON MEDIODÍA, MIDI, MEZZOGIORNO
EN LOS AÑOS VEINTE

JOSÉ ANTONIO GONZÁLEZ ALCANTUD

Han pasado demasiados años desde que en 1996 hiciéramos la reedición en la editorial de la Universidad de Granada de *Ni Oriente ni Occidente, el universo visto desde el Albaicín*, de Rodolfo Gil Benumeya (1901-1975). Entonces su autor, Rodolfo Gil Torres, alias Benumeya, era casi un desconocido, aplastado por las problemáticas propias de un tiempo que ya no era el suyo, pero, hoy, en 2025, autor y obra ha encontrado un hueco, en los estudios andalucistas al menos.

Lo he relatado con anterioridad, pero vuelvo a hacerlo por su significación: me encontré a principios de los años noventa un ejemplar de este olvidado ensayo de Benumeya en una librería de viejo de Madrid. Ni siquiera figuraba en el mismo la fecha de edición, al principio lo daté en 1930, pero hoy hemos de adelantar esa fecha a 1927 o 1928. En todo caso, sin lugar a dudas, había sido editado en el período entre el fin de la dictadura primorriverista y la proclamación de la II República. Los argumentos desplegados en él me intrigaron por ser un ensayo de grandes pretensiones interpretativas. Por aquel entonces, tampoco gozábamos de las ventajas del internet, y lograr averiguar quién era el autor no fue cosa fácil. Lo que sí descubrí pronto fue que un hijo del mismo vivía en Tetuán: Rodolfo Gil Grimau. Este

era una arabista, y diplomático cultural en cierto sentido. Entré en contacto epistolar con Grimaud. Entonces, recuerdo, Rodolfo estaba en pleno traslado a Lisboa, donde pondría las primeras piedras del recién creado Instituto Cervantes. En agradecimiento amical por esta iniciativa, que le cogió de sorpresa, y agradeció mucho, me envió algunos libros de su progenitor, y en particular un ejemplar de *Claroscuro andaluz*, uno de los últimos trabajos de Benumeya, publicado en 1966.

En *Claroscuro andaluz*, editado por Editora Nacional, pude leer así: “Hace bastantes años que, viviendo yo en las norteafricanas tierras del Magrib, tuve ocasión de sacar casualmente a la luz la corriente profunda del fondo emocional que ha venido animando las culturas locales al otro lado del Estrecho”. Continuaba Benumeya razonando: “Cuando este andalucismo exterior y berberisco reflujo después hacia la Andalucía peninsular, se encontró con que, dentro de sus ambientes regionales, nacían nuevos andalucismos culturales en lo musical y lo poético, la pintura, las investigaciones históricas y la demosofía o folklore popular” (Gil Benumeya, 1966:XI). Se hacía eco, pues, de una tendencia que se había iniciado en Andalucía con el padre de los Machado, Antonio Machado y Álvarez, “Demófilo”, que había creado en los ochenta del siglo anterior la revista *El Folk-lore andaluz*.

Se empeña, recordemos que en pleno franquismo centralizador, en llegar al fondo profundo del andalucismo, añadiendo sobre su “método”: “Al dar ahora mi versión definitiva del *andalucismo de contraluz* [subrayado nuestro], intento responder a la tradición de mezclar lo continuo del entusiasmo y lo disperso de la exposición. Son ideas salidas con aquel ‘desorden sistemático’ del que hablaba el granadino Ganivet y en las cuales no se pretende hacer definiciones, sino sólo apuntar posibles perspectivas” (Gil Benumeya, 1966:XII). En este libro tardío, Gil Benumeya aunque se haga eco indirecto de autores como “Demófilo”, procura no citar a ninguno que introduzca proble-

maticidad en su discurso, y en particular a Blas Infante, fusilado al inicio de la Guerra Civil. En este hombre, Gil Benumeya, cuya personalidad y circunstancias ligeramente iba conociendo Benumeya, latía un fuerte sentimiento andaluz, quizás más marcado por la melancolía que por la nostalgia. Encerraba un enigma, en consecuencia, que me veía impelido a desvelar por mi inveterada tozudez.

Otra historia paralela es la de la propia reedición de *Ni Oriente, ni Occidente*. Cuando se la planteé a Manuel Barrios Aguilera, director de la editorial de la Universidad de Granada, antiguo profesor mío, a través de cuyas enseñanzas descubrí la existencia de los moriscos perseguidos, en un ya lejano 1975, cuando en mi vida estudiantil acaba de experimentar en carne propia la represión del franquismo, tuve lógicos escrúpulos de conciencia. Aquel autor, Rodolfo Gil Benumeya, que evidentemente no pertenecía al andalucismo que emanaba del mártir Blas Infante, era afín al régimen según todos los indicios. Mas, no era un entusiasta o propagandista convicto del mismo, según apreciaba en su lectura. Quizás era más coexistencial que convicto del franquismo. Cualquier escrúpulo quedó despejado cuando Rodolfo Gil Grimau me informó del origen de su segundo apellido, Grimau, que procedía de ser su tío el líder comunista Julián Grimau. De modo que, ¡Gil Benumeya, el “franquista”, y Julián Grimau, el “comunista”, habían sido cuñados! En fin, no voy a repetir argumentos ya desarrollados en aquella publicación del 96, pero sí dejar constancia del choque que me produjo este desvelamiento. Mundos cruzados, en consecuencia, que escapaban a cualquier interpretación simplista, y nos vuelven hacia la necesidad de comprender los laberintos de la historia y sus devenires personales, sobre todo cuando de por medio están guerras fratricidas.

Desde luego, Gil Benumeya venía incidiendo en la fraternidad íbero-magrebí más que en la hispano-marroquí desde

antiguo. Se siente identificado con la “raza cósmica”, trazada por José Vasconcelos en México naturalmente inclinada a la mezcla y al antirracismo biológico (Vasconcelos, 1976), pero con unas derivas políticas también hacia los fascismos “poéticos”. En un momento determinado, Benumeya se quiere separar de la idea racial de España y de su proyección panhispanista, y hablará del iberismo como una “civilización” (p. 59). Quiere Benumeya presentar su “ideal político” de esta manera: “Imponer al mundo entero, quiera o no quiera, nuestro concepto noble de hidalguía que afirma el derecho a la vida de todos los pueblos cultos, sea cual sea el color de su piel y el tamaño de su territorio” (p. 67). Para ello sostiene que hay que enterrar la palabra “Imperio”, y promover el “iberismo”, con “nuestro verdadero nombre nacional: Iberia” (p. 70). Esa unidad política internacional debe tener como “órgano propio para llegar a ella, la federación, ya que pasó la hora de la conquista”, añade (p. 73). No coincide plenamente en esto con la idea genérica de la fraternidad panhispánica que promovía el africanismo franquista como un instrumento equívoco de dominación colonial (Calderwood, 2018a, Mateo Dieste, 2003).

El asunto presenta, además, una singularidad, que no es el país homogéneo pretendido a su juicio por los Austrias, sino la variedad del mismo. En este camino Andalucía está sometida siempre al espectro de la invasión, pero a la vez es la región española que posee la más fuerte personalidad. “Sobre Andalucía pesa todo el problema geográfico y político del iberismo: es la clave” (p. 74). De ahí la trascendental proyección hacia el Mediterráneo, y el Magreb en particular, de Andalucía. Vemos, por ejemplo, como en 1927 en el artículo “La ciudad de Tánger y el andalucismo” vuelve sobre las posibilidades geopsíquicas que ofrecía el andalucismo entendido no como una ideología política sino como un estado de ánimo, quizás como parte de una guerra cultural que se le antojaba crucial:

La hora actual es sólo de fraternidad entre andaluces y descendientes de andaluces en Marruecos y la España interior, ideal defendido con entusiasmo por diarios españoles, ingleses y hebreos, y apoyado por los moros de la Sociedad Andalusista Árabe del Magreb. Frente a esta idea andalusista, que trata de penetrar en la zona española para prolongar hasta el Lucus la personalidad andaluza de Ceuta, Melilla, Alhucemas, Chafarinas..., el ambiguo internacionalismo de la administración tangerina y la frialdad de los protectorados oficiales pueden poco. Cuando los cien mil andaluces cristianos de Tánger y las plazas de soberanía atraigan a los trescientos mil andaluces, musulmanes de Fez, Salé, Rabat, Tánger y Argelia, España habrá arraigado en África, cumpliendo su misión; los bereberes del Rif se verán arrastrados por la fraternidad penibética, y Granada será la génesis de la nueva España: Granada, centro del mundo (Gil Benumeya, 1927).

La consistencia ideológica de este pequeño libro, *Mediodía*, que el lector tiene en sus manos, está en línea con lo enunciado. Cuando se hizo la reedición de *Ni Oriente y Occidente...* en el 1996, María Dolores López Enamorado se extrañaba de que no hubiese sido citado en los estudios preliminares (López Enamorado, 1998). Es hora de subsanar esta elisión. *Mediodía* fue publicado casi en paralelo a *Ni Oriente, ni Occidente*, como una especie de complemento de este, considerado por el autor como la obra mayor. En la contraportada del volumen aquí presentado se señala “*Mediodía* es un ensayo de metodología para estudiar la historia andaluza, un reportaje científico. Un libro que enseña a ver”, si bien al libro paralelo, *Ni Oriente, ni Occidente*, se le cataloga como “el ensayo más completo sobre el alma de Andalucía”, añadiéndose de él que es el “libro que debe leer todo andaluz de vanguardia. A la vez Biblia del espíritu andaluz, eterno. Obra antigua y modernísima”. Libros paralelos en todo, complementarios y dialogados, surgidos de una necesidad política, que el fin de la dictadura de Primo iba perfilando.

Fueron editados, además, los dos volúmenes en la Compañía Iberoamericana de Publicaciones (CIAP), el mayor emporio editorial del momento en los tiempos previos a la proclamación de la II República. Esta editorial había sido fundada en 1923, sobre las bases de la antigua editorial Ibero-Africana-Americana. La CIAP se convirtió en un imperio propagandista, protegido por la dictadura de Miguel Primo de Rivera, que se apoyaba y expendía el panhispanismo y el pansemitismo (González Alcantud, 2024). Fundada por el hombre de los Rothschild en España, Ignacio Bauer Landauer (1891-1961), judío askenazi que se identificaba con un pansemitismo hispanista genérico. Bauer fue propietario de la editorial junto con Manuel L. Ortega, otro propagandista del sefardismo, entre otros diversos accionistas. En el consejo de administración estaban notabilidades del sefardismo norteafricano, como Toledano, Coriat o Bandelac y personalidades españolas como Rafael Altamira o Pedro Sáinz Rodríguez. Bauer Landauer en su prédica prosemita se había hecho fervoroso seguidor del senador Ángel Pulido, apóstol del sefardismo tras un viaje a los Balcanes de principios de siglo.

Ignacio Bauer Landauer, según el escritor y traductor sevillano Rafael Cansinos Assens (1882-1964), restaurador del prohebraísmo literario andaluz, soñaba con ser el jefe de empresa de esta generación literaria que se intuía neosemita:

Además, como director de aquella editorial abarcaría todo, vendría a ser como el presidente de una república literaria y todos los escritores trabajarían para él y según sus ideas y sería como un hombre que escribiese con mil manos [...] Bajo el gobierno de aquella dictadura [de Primo de Rivera], propicio a todos los negocios, el doctor Sauer [deformación de Bauer] comenzó a desarrollar sus planes. Fundó su famosa editorial [Compañía Iberoamericana de Publicaciones], congregó a la plana mayor de los escritores a solemne banquete y recabó el concurso de todos ellos para su obra de cultura (Cansinos, 2013).

Lanzaba Bauer, según el prosefardí Cansinos, proclamas a medio mundo diciendo que, de común acuerdo con Primo de Rivera, se iban a repatriar los judíos en masa. Bauer, en realidad, sería contrario por un lado al sionismo, competidor directo del sefardismo, y por otro favorable al nacionalismo español, que veía en el concepto “hispanidad” una suerte de patria intelectual y real a la que adherirse.

Tengamos presente lo que se ha escrito sobre la banca y el papel que tuvo ésta en la gestación de la CIAP: “En su formación van a tomar parte algunos de los intelectuales que descollarán durante la República e, incluso, durante el primer franquismo. Junto a ellos encontramos a la casa de banca Bauer, que financió casi en su totalidad las actividades de esta sociedad” (López-Morell & Molina Abril, 2012). A lo que parece la CIAP tenía pretensiones de ocupar el primer lugar en el mercado editorial. “La editorial publicaba libro tras libro, obras de clásicos y de modernos, con preferencia de carácter católico. La primera obra que se publicó fue la del propio doctor *Sauer* [apodo que le adjudicaba Cansinos a Bauer Landauer], dedicada a estudiar la mística española”, escribía Cansinos Assens sobre esta frenética, y para él dudosa actividad. En 1928 alcanzó su cénit de éxito la CIAP, teniendo una cantidad ingente de autores muy reconocidos en su nómina, pero sus deudas iban a más, por el sistema de financiación adoptado.

Pero miremos un poco hacia atrás. La editorial la vemos muy anunciada en las páginas del quincenal *La Gaceta Literaria*, fundado y dirigido por Ernesto Giménez Caballero, alias *GC*. En uno de sus números *La Gaceta* presentará el proyecto editorial de la CIAP, en un artículo sin firma (Anónimo, 1928: 253), probablemente debido al propio Giménez Caballero. Se señala en él a tres de los actores del proyecto: Ignacio Baüer (*sic*), Manuel L. Ortega y Pedro Sáinz Rodríguez, pero también otros como Rafael Altamira. Está clara la vocación prosefardí, pero también

iberoamericanista del proyecto. Se acercan las exposiciones de Sevilla y Barcelona del 1929, y hay que hacer un frente común con este movimiento “geopsíquico” que pone a la hispanidad en el centro, cara a los colonialismos francés y británico y al imperialismo norteamericano, sus mayores competidores.

Cansinos Assens, maestro tan agudo en las descripciones personales de su generación, ocultando a Ignacio Bauer Landauer bajo el nombre de “Leopoldo Sauer”, como dijimos, describió su personalidad y andanzas con detalle malicioso. Así describía a “Sauer”: “Por aquel entonces, el doctor Sauer comenzó a dar conferencias, a escribir artículos en los periódicos y hasta a publicar algún libro. Sus producciones eran de una vacuidad lamentable, que resaltaba más por el contraste con la firma doctoral: Doctor Leopoldo Sauer, Presidente del Colegio de Doctores. Parecía como si todos los doctores juntos hubiesen parido aquellas ineptías”. Y continúa con su afilada pluma señalando: “El doctor Sauer mostrábase animado de una actividad extraordinaria. Incubaba en su mente grandes planes. Había fundado una revista para estar en comunicación con todos los sefardíes del mundo. En esta revista, él, don Leopoldo Sauer, Doctor máximo, les abría a los desterrados personalmente las puertas de Sefard. Del destierro a su palacio” (Cansinos, 2013). Aspiraba, según Cansinos, a ser el gran *capo* de un proyecto redentor: “El Doctor máximo y banquero máximo abarcaba el doble aspecto cultural y económico de la campaña sefardí y aspiraba a fundar un trust colosal, como si dejáramos, el kartel del amor de los sefardíes a España y de España a los sefardíes, que el Doctor Florido Ángel Pulido cantaba en tono lírico. El financiero traducía a guarismos las temperaturas de la fiebre amorosa que el doctor Florido suscitaba. Lanzaba acciones de empresas gigantescas que dejaban atónito al nuevo Moisés”. Rafael Cansinos, ironiza inmisericorde sobre Bauer Landauer, hasta el punto de decir que su actitud fue en perjuicio de los propios judíos al dejar sin pagarles a los autores

de editorial, casi todas personalidades muy conocidas, y acabar propagando y dando fundamento al estereotipo de judío ávido de ganancias sin freno.

En esa carrera “à bout de souffle”, el 30 de junio de 1929 se inauguran los nuevos locales de la CIAP, con la asistencia de lo más granado de los autores de la misma. Entre ellos estaba Rodolfo Gil Benumeya, amén de otros andaluces como Manuel Chaves Nogales o José María Salaverría, los hermanos Álvarez Quintero o Francisco Ayala, pero también africanistas como Julio Cola Alberich o hebraístas como Ángel Pulido. Incluso el cuñado de Rodolfo, Julián Grimau, estaba allí presente, ya que su hermana trabajaba en la editorial. Un variopinto grupo que indicaba la fuerza del grupo, que se proclamaba con hechos contundentes el más potente de la cultura española del momento. Había logrado ser el primer grupo español de publicaciones (López-Morell, 2005:344-349). Las enormes instalaciones, que ocupaban “cincuenta mil pies”, y los dos centenares de trabajadores proclamaban la potencia de la CIAP (García Sanchiz, 1929).

Empero, la casa bancaria Bauer, que sostenía el proyecto CIAP, iba haciendo aguas, al perder el apoyo matriz de los Rothschild. Bauer había comprometido el capital de los banqueros parisinos, y estos le habían retirado la confianza, con lo que la editorial finalmente vino a la ruina. Además, el nuevo régimen republicano no le fue favorable a Bauer Landauer, por los compromisos previos con la dictadura de Primo: “El falso poderío del banquero hundiose con el régimen en que se apoyaba. Y un día, los interventores judiciales hicieron su aparición siniestra en el palacio del financiero”, escribió Cansinos Assens con regusto. La CIAP desaparecería en julio de 1931, a poco de ser proclamada la II República.

La CIAP no estaba sola, hacía sinergia con otras publicaciones afines ideológicamente, como es el caso de la mencionada *La Gaceta Literaria*, fundada por Ernesto Giménez Caballero gracias

a la experiencia en el campo de la edición, heredada de su padre, impresor. No podemos olvidar que *GC* era un vanguardista cultural, pero también un fascista mussoliniano, al menos desde 1928. No obstante, *La Gaceta Literaria* conjuga el fascismo de su director con cierta concepción federal de la península ibérica, al menos en lo poético-cultural, dando paso en sus páginas a lo portugués, lo catalán o lo andaluz, con monográficos o secciones especiales. Mundo de paradojas que aún nos interpelan, a la búsqueda de una explicación genuina al fascismo de *GC*.

Retrotrayéndonos al ámbito familiar de Benumeya. Su padre, Rodolfo Gil y Fernández (1872-1938), sin lugar a dudas, le transmitió a éste la inclinación filosefardí. Gil Fernández fue director de la Escuela Central de Idiomas, en Madrid, y según Rodolfo Gil Grimau, “escribió un libro de investigación literaria y filológica, *Romancero Judeo-Español* precursor directo de los trabajos de otros autores, que era el resultado de su preocupación por la recuperación de la lengua española y el recobro de las minorías hispanas de la diáspora: sefardíes y moriscos”. También informa Gil Grimau que mantuvo buenas relaciones con el doctor Ángel Pulido, con Chakib Arslan y el Hajj Abdesalan Bennuna (Gil Grimau, 1992). Esta sintonía con el senador Ángel Pulido hacía ver que Gil Fernández preconizaba un pansemitismo que estaba determinado por el interés superior del patriotismo español. Formaba parte de la idea circulante de las “España perdidas”. Gil y Fernández expresa de esta manera su idea panhispánica y sefardista: “El alma de nuestro pueblo no puede ser ingrata para con los que, gloriándose de su ascendencia castellana, trabajan luchando contra la influencia tenaz e invasora de otros pueblos cerca de los judíos de Oriente, porque no se desgrane y se pierda de una vez allá el caudal de voces que, como collar de perlas, los israelitas lucen con orgullo sobre el pecho” (Gil, 1911:140).

Tenía, pues, Rodolfo Gil Benumeya toda una atmósfera que lo impulsaba al pansemitismo, desde el medio familiar al edi-

torial, pasando por su propia experiencia marroquí, donde lo judío jugaba un papel muy relevante en la colonización española desde la guerra de África de 1860 (Calderwood, 2018b). Gil Benumeya lleva el agua a su molino meridionalista, incluso cuando tiene que hacerse eco de la literatura rusa. Escribe de esta manera páginas que a alguien podría aventurárseles surrealistas por los vasos comunicantes que establece. Nada de extrañar esta reflexión: “Aunque están lejos España y Rusia se cobijan bajo la misma sombra, la sombra del turbante. Todo lo folklórico esencial de la tierra rusa y la tierra española es de origen musulmán y se parece plenamente –música, arquitectura, ropas, alimentos, misticismo–, obra de turcos y árabes que ahora se llaman tártaros y andaluces, disfrazados de ciudadanos soviéticos o españoles. Pero que siguen siendo por la raza la gente del turbante. Y a la sombra de ellos el judío, siempre el judío” (Gil Benumeya, 1928:147). En esta línea, Gil Benumeya, colaborador de *La Gaceta Literaria*, escribirá en ella páginas filosemíticas que lo oponen al hitlerianismo. Eso le llevará a sentenciar que todo lo semítico es meridional, incluso el colectivismo ruso, oponiéndose de paso al antisemitismo de Hitler:

Hasta en su hostilidad contra los judíos –escribe en 1931– tiene el “nacionalismo” de Hitler un tufillo arqueológico. Ese afán medieval de buscar en todas las cosas la brujería oculta, impulso totémico de descargar en alguien “la mala sombra”, para que la fuerza del destino no caiga sobre el hombre supersticioso. En ese caso el salvaje hace un sacrificio propiciatorio para atraerse las simpatías de la Divinidad. En este caso la víctima es el judío” (Gil Benumeya, 1931:12).

Al final todo este conglomerado pansemítico y mediterráneo encontrará su estrella rutilante –“La Estrella que me encontrara” que cantara Enrique Morente en los setenta–, en el Mediodía y su teoría. La atracción por el Mediodía, entre mitad de los años

diez y los primeros treinta, como concepto geográfico y cultural estaba presente en los países del sur de Europa, tanto en España, como en Francia e Italia.

Si nos atenemos estrictamente a España existe un cierto debate, que va del sur hacia el norte y a la inversa, el problema encaja con el “ser de España”, que arrancaba en el 1898, y que se proyecta hacia el Mediterráneo (Aubert, 2006). José Ortega y Gasset, en 1920, cuando el regionalismo volvía a tener el sitio en la política cotidiana española, que nunca perdió realmente con el auge del separatismo catalán y vasco, para gran preocupación suya y de Miguel de Unamuno, que veían con aprensión el renacer de la “España invertebrada”, escribe sin sombra de titubeo: « No se le dé vueltas: España es una cosa hecha por Castilla, y hay razones para ir sospechando que, en general, sólo cabezas castellanas tienen órganos adecuados para percibir el gran problema de España integral» (Ortega, 2002:120). Ortega, que había realizado sus estudios escolares en Málaga, quizás con una mala experiencia, lanza su teoría sobre Andalucía en 1927. En principio fueron una serie de artículos publicados en abril de ese año en el diario *El Sol*. Aunque advierte que no quiere que se malinterpreten sus alabanzas a la cultura ociosa del andaluz, dirá: “Claro que este retorno a lo andaluz –si aconteciera– implicará una visión de Andalucía completamente distinta de la que tuvieron nuestros padres y abuelos. No hay probabilidad de que nos vuelva a conmover el *cante hondo*, ni el contrabandista, ni la presunta alegría del andaluz. Toda esta quincalla meridional nos enoja y fastidia” (Ortega, 1942:13). Pero, en la práctica Ortega alimenta una corriente de antipatía hacia el sur, presentando a Andalucía como espacio de existencia no laboriosa. Después de haber pretendido despejar infructuosamente los estereotipos, retorna a los mismos: “Es de advertir que el andaluz, a diferencia del castellano y del vasco, se complace en darse como espectáculo a los extraños, hasta el punto de que en una ciudad tan importante como Sevilla el